

## ESCENA XIV

GUADALUPE y PRESENTACIÓN, por la izquierda.

PRESENTACIÓN.—Buenos días, Guadalupe...

GUADALUPE.—Buenos, Presentación.

PRESENTACIÓN.—Dispensa que venga tan de trapillo...

GUADALUPE.—Mujer...

PRESENTACIÓN.—Como tú amaneces tan elegante...

GUADALUPE.—Tenemos gente a almorzar.

PRESENTACIÓN.—Pues me voy.

GUADALUPE.—(*Deteniéndola.*)—No es para tanto. ¿Y los tíos?

PRESENTACIÓN.—Con sus achaques, pero bien. Como hace ya dos meses que nos olvidaste...

GUADALUPE.—Vivís tan lejos...

PRESENTACIÓN.—Eso debe ser. Y hoy, pasando por aquí, no he querido dejar de visitarte. Vengo de preguntar cómo sigue el Padre Ambrosio. ¡Es un dolor!... Un hombre tan robusto y tan elocuente, verse privado de subir al púlpito...

GUADALUPE.—¿Está enfermo?

PRESENTACIÓN.—Medio baldado de la medula. Dicen que fué de una caída.

GUADALUPE.—Pues si fué de una caída sola, poca suerte tuvo...

PRESENTACIÓN.—¿Y Lola e Isabel?... ¿Componiéndose?...

GUADALUPE.—Compuestas ya, pero trajinando.

PRESENTACIÓN.—¿Es de cumplido el convite?

GUADALUPE.—Piden hoy a Lola: ¿no lo sabías?

PRESENTACIÓN.—Por ti, no.

GUADALUPE.—Mientras no se formalizara...

PRESENTACIÓN.—¿Y os reunís muchos?

GUADALUPE.—La familia.

PRESENTACIÓN.—¿Qué familia?

GUADALUPE.—Vamos, los más allegados...

PRESENTACIÓN.—A mí no tenías por qué contarme... Realmente, prima de un marido que sólo vivió contigo tres años y que ya ha muerto hace diez y seis, es un parentesco que no lo alcanza un galgo.

GUADALUPE.—En nosotras vale más la amistad.

PRESENTACIÓN.—He seguido tratándote muy gustosa, y eso que al principio, recién falleci-

do el pobre Jorge, temíamos que hubieras volado... ¡Nadie te criticaría! Joven, con una niña..., era natural que buscaras otro afecto para las dos... o para ti sola.

GUADALUPE.—Ya habéis visto que no.

PRESENTACIÓN.—Y lo decimos siempre en alabanza tuya. Fuiste una madre modelo.

GUADALUPE.—Aunque ya iremos a invitaros, el día de la boda os aguardamos a ti y a los tíos...

PRESENTACIÓN.—Muchas gracias...

GUADALUPE.—¿Qué tal matrimonio te parece?

PRESENTACIÓN.—Excelente, magnífico...

GUADALUPE.—¿Conoces al novio y a su padre?...

PRESENTACIÓN.—No, ni de vista. . .

GUADALUPE.—Entonces, ¿por qué contestas que magnífico?

PRESENTACIÓN.—Es una de las máximas del Padre Ambrosio... «Cuando te consulten lo que proyecten hacer, da tu opinión leal; cuando te consulten lo que han hecho ya, di siempre que está muy bien.»

GUADALUPE.—Así errarás menos.

PRESENTACIÓN.—Casi nada.

GUADALUPE.—Sin consulta y para informarte solamente... Emilio Gracián es hijo único, de posición desahogada, abogado y de familia que ya conocíamos de antiguo, por más que no nos tratásemos. Una buena alianza, aparte de las condiciones morales...

PRESENTACIÓN.—Esas deben ponerse siempre aparte.

GUADALUPE.—En primer término.

PRESENTACIÓN.—Que sea enhorabuena.

GUADALUPE.—De ti dijeron también que te casabas.

PRESENTACIÓN.—Yo no pienso aún en eso.

GUADALUPE.—¡Aún!...

PRESENTACIÓN.—Si lo prefieres, te diré que no lo pienso ya.

GUADALUPE.—¿Qué tendría de extraño?

PRESENTACIÓN.—Mucho. A las criaturas, cuando nacen, el destino les pone como un sello... Les dice: «¡tú serás héroe!», y les infunde valentía; «¡tú serás orador!», y les da facilidad de expresión; «¡tú serás trágico!», y les da voz y gesto; «¡tú serás amante y amado!», y les da corazón, belleza, encantos...; pero a otros les dice: «¡tú serás infeliz!», y les da corazón nada más.

GUADALUPE.—¿Y tú?

PRESENTACIÓN.—¿Yo?...

GUADALUPE.—¿Qué eres tú? ¿Qué lote crees tú llevar en la vida?

PRESENTACIÓN.—Ninguno. Esto lo digo porque lo oigo decir..., pero yo estoy aún por clasificar.

GUADALUPE.—Hará pronto veinte años que nos tratamos, y no sé por qué ahora noto la sensación de hablarte y de oírte por primer día...

PRESENTACIÓN.—Para entenderme tan rápida, es preciso que en ti haya también una tensión muy grande. ¿Sentirías tú la angustia de esperar algo que tarda en llegar... o que no llega?

GUADALUPE.—La boda de mi hija.

PRESENTACIÓN.—Disculpa o razón, es muy buena como razón.

GUADALUPE.—(*Cariñosa.*)—¿Qué te pasa? Estas como excitada...

PRESENTACIÓN.—¡Si que lo estoy!

GUADALUPE.—¿Por qué?

(*Cariñosa.*)

Dímelo.

PRESENTACIÓN.—Esa es mi pregunta. Sin

nada nuevo ni anormal, ¿por qué me atacarán estas nerviosidades, esta idea de rebelión contra no sé quién, de protesta contra no sé qué?... Comprendo que soy muy desigual..., y esto es algo de lo mucho que han de perdonar los dichosos a los que no lo son...

GUADALUPE.—Al revés.

PRESENTACIÓN.—¡Así, así...! Los que llevan afanes no saciados mortifican a los felices con sus destemplanzas... Hay que tener mucha paciencia para escuchar a un desdichado que emborriona y empañá con sus lamentaciones un ambiente risueño como el tuyo.

GUADALUPE.—Yo la tengo: habla.

PRESENTACIÓN.—(*Levantándose.*)—Pero yo no lo soy.

GUADALUPE.—Presentación...

PRESENTACIÓN.—(*Riéndose muy quedo.*)—Presentación se olvidaba un momento de que es la prima de un marido muerto hace diez y seis años... ¡Nadie! para venir con historias...

GUADALUPE.—¿No es enfermedad? ¿No es preocupación de dinero?...

PRESENTACIÓN.—No, no...

GUADALUPE.—¿Quieres a alguien?

PRESENTACIÓN.—No. Y si alguna vez quisiera

esa vez me desengañaron. El amor, lo que llaman el divino amor, no es, no es el mismo que llegó a mí. Y uno que no llega y otro que no lo quiero, no tengo ninguno, Guadalupe.

GUADALUPE.—¿Por qué me engañas?

(*Suave.*)

PRESENTACIÓN.—¡Guadalupe!

GUADALUPE.—¿O por qué te engañas tú?... Las ansias sin nombre, los suspiros sin causa, tienen una causa y un nombre.

PRESENTACIÓN.—¡Te juro que no!

GUADALUPE.—Tú estás enamorada.

PRESENTACIÓN.—Te lo juro.

GUADALUPE.—Y aunque no se haya acercado a tu puerta el elegido, a tu puerta sonarán cánticos de amor...

PRESENTACIÓN.—¿Quién los dirá?...

GUADALUPE.—El mismo amor.

PRESENTACIÓN.—Dispensa, Guadalupe...

GUADALUPE.—¿Te marchas?

PRESENTACIÓN.—Dispénsame...

GUADALUPE.—Llamaré a Lola y a...

PRESENTACIÓN.—No, no la llames... Dile a Lola que le deseo mucha felicidad...

GUADALUPE.—Díselo tú...

PRESENTACIÓN.—¡Déjame marchar!

GUADALUPE.—(*Cariñosa y besándola.*)—Marcha...

(*Vase Presentación por la izquierda.*)

¡Pobre...; la fealdad es una injusticia!

## ESCENA XV

GUADALUPE, ISABEL y LOLA, por la derecha.

ISABEL.—¿No estaba Presentación?

GUADALUPE.—Que os saludara y que te felicite.

LOLA.—Yo creo que todo queda arreglado... No dirán que somos desordenadas.

ISABEL.—Hoy verán que eres una mujer cuidada. Que lo puedan decir los demás días... Si tienes tacto, no ha de serte difícil hacerte adorar de tu familia futura.

LOLA.—Total, Emilio y su padre, don Esteban...

GUADALUPE.—No tendrás que pelearte con suegras ni cuñadas...

LOLA.—Con el marido solamente.

GUADALUPE.—Y lo menos posible.

LOLA.—Jamás.

ISABEL.—Don Esteban verá por tus ojos.

LOLA.—He conquistado al suegro. Y lo pintaban hurraño... Conmigo es bien alegre...

ISABEL.—Abusas de tu poder. Lo zarandeas como a un chiquillo.

LOLA.—Es muy fuerte y muy ágil.

ISABEL.—A su edad se prefieren otras conversaciones.

LOLA.—¿Mejor que la mía? Pues te equivocas. Con cualquier paparrucha le tengo embobado toda la tarde. ¿Con quién habla cuando viene de visita? ¡Conmigo! Ayer les fui contando por el Retiro, de paseo, cómo era el abuelo Jaime.

ISABEL.—¡Un real mozo!

LOLA.—No os imagináis lo que le intrigaba a don Esteban oirme referir la ilusión y los cuidados con que cada año se saca y se limpia el uniforme del abuelo. No sé si le habré dicho alguna mentira, para interesarle más.

ISABEL.—Cuando las personas mayores escuchan con atención una charla indiferente, suelen estar pensando en otra cosa. No estés preocupada, Guadalupe.

GUADALUPE.—Decidimos la suerte o la desgracia de Lolita.

LOLA.—¡La suerte, la suerte!

### ESCENA XVI

DICHAS y NICASIO, por la derecha, con un brazo de flores y ramas.

ISABEL.—En mejores condiciones no pueden ir. Lo demás que lo haga Dios.

GUADALUPE.—Y ellos.

ISABEL.—Y ellos.

LOLA.—¿Qué hora es, tío?

NICASIO.—Míralo.

LOLA.—(*Sacando el reloj del bolsillo de Nicasio.*)—Las doce. ¿No vas atrasado, tío Nicasio?

NICASIO.—Nunca y en nada.

LOLA.—Ya debían estar aquí.

NICASIO.—Lo peor es que el reloj de ellos marcará la misma hora...

GUADALUPE.—Lo primero en que han pensado es en su casita... No vivir con nosotros ni con el padre de Emilio.

NICASIO.—(*Dejó las flores y viene a coger un*

*pitillo de la caja.*)—Son muy avispados estos chicos.

GUADALUPE.—Y dejarnos...

NICASIO.—Ya nos iremos arreglando.

ISABEL.—Sí; con las criadas.

NICASIO.—(*Incomodado.*)—¡Se prohíben las alusiones!

(*Al volverse le cae la caja.*)

LOLA.—(*Que está arreglando las rosas.*)—¡Ay!

ISABEL.—(*Levantándose.*)—¡Ay!

GUADALUPE.—(*Idem.*)—¡Ay!

NICASIO.—¿Pero qué hay?... ¿Es que vamos a vivir en un grito?... Señoras, un poco de serenidad.

ISABEL.—¿Tú no tienes nervios?

NICASIO.—Sí; pero en su sitio. La situación no es tan horrenda. ¿Que van a pedir a la niña? Pues dejen ustedes que la pidan.

GUADALUPE.—¿Por qué se te ha caído la caja?

NICASIO.—Por lo que se caen todas las cajas: un descuido.

ISABEL.—Si pusieras atención...

NICASIO.—Si no hubiera indirectas mortificantes...

LOLA.—Tío Nicasio, recoge esos pitillos...

NICASIO.—(*Incomodado.*)—¡Ahora mismo!

ISABEL.—Recógelos y calla.

NICASIO.—¿Que me calle? Vosotras pretendéis que sea un esclavo.

ISABEL.—Un mártir...

GUADALUPE.—No, hombre, no...

LOLA.—(*Indicándole los pitillos.*)—Tío Nicasio...

NICASIO.—Conste que es una amabilidad..., que yo no tengo obligación de recoger lo que se caiga por el suelo. ¡Para eso me hubiera casado!...

ISABEL.—Desgraciada mujer...

NICASIO.—Isabel...

(*Suena el timbre. Lola corre a arreglar los almohadones. Nicasio recoge apresurado los pitillos, se levanta y se le vuelven a caer. Se agacha de nuevo y Lola acude presurosa a ayudarle.*)

## ESCENA XVII

DICHOS; ESTEBAN y EMILIO, por la izquierda.

ESTEBAN.—(*Mira, sonriendo, la escena. A Emilio.*)—¡Ayúdales!...

ISABEL.—Por Dios, don Esteban; dispense usted...

ESTEBAN.—¿Qué tiene de particular? Yo también les ayudaré.

ISABEL.—(*Impidiendo a Esteban que se agache.*)—No se moleste usted. Ya los recogerán los chicos.

NICASIO.—Gracias.

(*Nicasio y Emilio en el suelo, Lola, inclinada solamente, con la cajita donde echan los cigarros que van cogiendo.*)

EMILIO.—(*En el suelo.*)—¿Me quieres?

LOLA.—(*Idem.*)—¿Y tú?

ESTEBAN.—(*Dándole la mano a Lola para levantarla.*)—Lolita...

GUADALUPE.—Siento que llegue usted en este momento.

ESTEBAN.—Pero, ¿por qué? En mi casa también se caen los pitillos...

NICASIO.—(*Abrazándole.*)—Mi querido don Esteban: la verdad sea dicha, a fuerza de precauciones, el momento sublime de la entrada de ustedes se nos ha *esmendrellado*.

ESTEBAN.—¡Cómo!

NICASIO.—Una palabreja del país: estropeado, deshecho, desarreglado...

ESTEBAN.—Mejor. Así entramos rompiendo el hielo del primer instante.

ISABEL.—Siéntense ustedes.

NICASIO.—(*A Emilio.*)—Les llegó la hora a los almohadones.

EMILIO.—¿Eh?

NICASIO.—Se lo digo a Lolita.

ISABEL.—Aquí, don Esteban...

GUADALUPE.—Emilio, aquí...

LOLA.—(*Aparte a Nicasio.*)—Tío Nicasio, te suplico que no digas imprudencias todavía.

NICASIO.—¡Qué, todavía tan amable!... ¡Y las diré! Ellas y yo estamos seguros de que las diré.

ESTEBAN.—Nos hemos anticipado..., pero Emilio se impacientaba.

GUADALUPE.—Más agradecidas.

ISABEL.—Mas no conviene distraernos..., porque, aun de acuerdo todos, ha de sernos doloroso marcar a sangre fría el minuto de separarnos.

ESTEBAN.—Es por su bien y por su amor.

EMILIO.—(*Aparte a Lola.*)—Lola...

LOLA.—Emilio...

GUADALUPE.—Vivimos tan pendientes, tan unidas unas a otras, que en el momento de romperse el lazo es como si desgarraran parte de nosotras mismas.

ISABEL.—Y Guadalupe que no tuvo más afán que el de educar a Lola y ampararla..., quizás con extremo.

GUADALUPE.—Extremosa, no. Mientras llega la oportunidad de entregar una mujer a su marido, todos los sobresaltos se justifican. Una madre ha de velar tanto por la honra de su hija...

NICASIO.—Y por la de la madre.

ISABEL.—¡Nicasio!

LOLA.—¡Tio Nicasio!

GUADALUPE.—A mis años...

ESTEBAN.—¿Cuarenta?, para exagerar.

GUADALUPE.—¿Y usted cuarenta y cinco?

ESTEBAN.—Sin exagerar nada.

GUADALUPE.—Ya ve usted que no hay motivo serio de preocupación por mí.

ESTEBAN.—Al contrario. La edad madura es la más bondadosa en amor: cuenta con el tiempo, y el tiempo aconseja ya rapidezces y prisas...

NICASIO.—Esa es mi argumentación. Cuanto más avanzo en edad, más ligero me agrada ir con las mujeres.

ESTEBAN.—¿En plural?

NICASIO.—En plural todo. Casas, criados, vinos, placeres, esposas...

ISABEL.—No te vendrían mal: esposas... y grilletes.

ESTEBAN.—Esta mañana aún le hice las últimas reflexiones a Emilio.

NICASIO.—¿Las últimas?... El caso no es tan desesperado.

ESTEBAN.—Si lo es: permitiéndome formalizar sus amores, ya no ha de volverse atrás sin una causa muy decisiva y muy profunda. Pero viene resuelto...; cree que está aquí la felicidad...

LOLA.—(*Aparte a Emilio.*)—Emilio...

EMILIO.—Lola...

ESTEBAN.—Y después de advertirle bien los



compromisos y las obligaciones que se echa encima, no me queda más que decirle: ¿está aquí tu felicidad?... Pues cógela.

NICASIO.—Que la pida primero.

ESTEBAN.—A eso venimos. Aunque pedir lo que van a dar, no es pedir: es coger. A mí me produce una satisfacción inmensa que Amor ¡tan ciego! le haya traído a un familia respetable y digna.

NICASIO.—La primera vez que me enorgullecó de pertenecer a una familia..., y, sobre todo, de pertenecer a la mía...

LOLA.—(*Dándole un tirón de la levita.*)—¡Tío Nicasio!

ISABEL.—Nicasio, hombre...

EMILIO.—Papá está muy contento. Hacía años que no le veía tan decididor, tan alegre...

GUADALUPE.—Cuando es factible realizarlo a gusto de todos, la alegría de los demás nos gana el corazón, se hace nuestra y somos dichosos con el placer ajeno.

ESTEBAN.—Eso aún es perseguir el nuestro.

GUADALUPE.—¿Y será desleal regocijarnos de que llegara algo de bondad o de consuelo por el mismo camino que lleva la ventura a otros?...

ESTEBAN.—No. Los cariños que crecen al lado de otros cariños y sin robarles nada, como los preferidos por Dios, son tres veces justos y tres veces santos.

NICASIO.—Un amén no vendría mal.

ESTEBAN.—¿Le pareció a usted sermón?

NICASIO.—Los párrafos largos están todos muy cerca de serlo.

ISABEL.—No le haga usted caso...

LOLA.—Es el tío Nicasio...

NICASIO.—Es el tío Nicasio... ¡Como si el tío Nicasio fuese un zascandil!

ISABEL.—Fíjate en que nadie lo ha negado.

ESTEBAN.—Lo niego yo.

EMILIO.—Y yo.

NICASIO.—Los de etiqueta. Peor.

ESTEBAN.—El amigo don Nicasio es una persona agradabilísima...

NICASIO.—Ni aun diciéndolo usted lo creerán...

ESTEBAN.—Pero está en lo firme no concediendo importancia ni seriedad de palabra a la inmensa mayoría de las conversaciones. Aun entre dos personas podrá haber interés o pasión al hablarse; pero reunidos tres, o cuatro,

o cinco..., el que emplea la broma es el que lleva la razón.

GUADALUPE.—Nicasio aborrece la formalidad.

ISABEL.—Un solterón egoísta que no quiere a nadie.

NICASIO.—Lo que hago es no querer a todos..., porque lo encuentro demasiado pegajoso...

ESTEBAN.—Y eso es lo humano. Querer a muy pocos y quererlos bien... El amor de nuestros semejantes será siempre una aspiración, pero nunca llegará a ser una verdad. Cualquier virtud se quiebra como el cristal más quebradizo y más frágil, apenas asoma un pecado...; odio, codicia, ambición, todo es más poderoso y más fuerte... Sólo el amor verdadero, el de hombre a mujer y el de mujer a hombre, es a la vez virtud y fuerza.

GUADALUPE.—Y el de los hijos.

ESTEBAN.—Ese es orgullo: orgullo de verse uno mismo reproducido.

ISABEL.—Y el de Dios.

ESTEBAN.—Ese es temor: temor del ajuste final de cuentas.

GUADALUPE.—Hay también otros amores...

ESTEBAN.—A otros también le llamamos amores, pero es que el hombre, vano y presuntuoso, no emplea las palabras, las derrocha.

GUADALUPE.—Quizás...

LOLA.—(*Tirándola del vestido.*)—Os ponéis muy graves, abuela...

ISABEL.—No interrumpas.

LOLA.—(*Haciéndole señas.*)—Perdona, abuela...

ISABEL.—(*Sonriendo.*)—Ah... Es que no hablamos de lo tuyo. Mi querido don Esteban, ¿usted nos autoriza para retirarnos un momento?

(*Levantándose.*)

ESTEBAN.—Lo que debo decir no es secreto.

ISABEL.—Pero los padres han de hablarlo antes que nadie...

ESTEBAN.—(*A Guadalupe.*)—Si usted lo consiente...

ISABEL.—Hasta ahora... ¿Vamos, Emilio?

LOLA.—(*Aparte a Isabel.*)—Que se queda el tío Nicasio...

ISABEL.—Nicasio, haz el favor...

NICASIO.—Por lo que pueda valer, contad con mi bendición... y un regalito.

ISABEL.—No debías quedarte...

NICASIO.—Ni vosotras debíais echarme.

*(Vanse por la derecha Isabel,  
Lola, Emilio y Nicasio.)*

### ESCENA XVIII

GUADALUPE y ESTEBAN

ESTEBAN.—Llegó el momento solemne. Mi querida doña Guadalupe: tengo la satisfacción de pedirle la mano de su hija Lola para mi hijo Emilio.

GUADALUPE.—Mi querido don Esteban: con mil amores acepto ese amor. Que sean felices...

ESTEBAN.—En Junio termina su carrera. En Octubre podemos casarlos. Emilio tiene catorce mil duros de la herencia de su madre...

GUADALUPE.—Lola tiene ocho, de la parte de su padre.

ESTEBAN.—Son inmensamente ricos para comenzar la vida. No pensaba haberlo casado tan pronto. Desconocía estas relaciones.

GUADALUPE.—Llevan dos años... a escondidas.

ESTEBAN.—Este invierno, a poco de venir de sus vacaciones, me escribió el chico diciéndome que estudiaba mucho y que estaba muy enamorado. Me parecieron dos cosas opuestas, y le contesté exigiendo que dejara el noviazgo y que estudiara más. Volvió a escribirme que los estudios iban perfectamente y que Lola era un ángel.

GUADALUPE.—¡Un ángel!

ESTEBAN.—No tuve extrañeza ninguna. En la juventud encontramos todos mujeres que se parecen a los ángeles.

GUADALUPE.—¿Y después?...

ESTEBAN.—Después, al contrario. Son los ángeles los que se parecen a las mujeres guapas y buenas.

GUADALUPE.—¿Entonces consintió usted ya las relaciones?

ESTEBAN.—Aún no. Fui otra vez severo y exigente...; pero recibí una tercera carta diciéndome que Lola era adorable, su madre, doña Guadalupe, amabilísima y bondadosa, y la abuela una santa.

GUADALUPE.—Tanto elogio... ¿se ablandó usted?...

ESTEBAN.—Sí. No me persuadieron ángeles y

santos y adoraciones invocadas, pero me conmovió un nombre de mujer... Yo también había querido a una Guadalupe..., y la oposición de mis padres y el rumbo de la vida nos apartaron...

GUADALUPE.—Don Esteban...

ESTEBAN.—Vine a Madrid para informarme. Tenía razón Emilio: la hija es adorable; la abuela es una santa; la madre es Guadalupe.

GUADALUPE.—Esteban...

ESTEBAN.—¡Guadalupe!... Y acordándome de todo lo que pasara cuando me obligaron a renunciar a mi ilusión primera—¡dicen que la primera es muy honda!—, di presuroso mi consentimiento. No sé cómo tuve fuerza de voluntad para no decirle al mismo tiempo: quiero a la hija; yo también quise a la madre.

GUADALUPE.—(*Levantándose.*)—¡Esteban!

ESTEBAN.—Vine a Madrid una semana: cuatro meses llevo. No sé que afán, posible y venturoso, se ha despertado en mí...

GUADALUPE.—Le suplico a usted que no hablemos más que de ellos...

ESTEBAN.—Y de nosotros, ¿no?... ¿Qué importa? Cuando se habla del amor ajeno, se piensa también en el propio.

GUADALUPE.—A cierta edad es una inconveniencia.

ESTEBAN.—No, a ninguna. Y si la Humanidad fuese menos hipócrita y el canto del amor y del instinto, que se permite a todos los seres de la creación, no se le regatease a la mujer y al hombre, más moral habría y habría menos desgraciadas.

GUADALUPE.—Siempre será vergonzoso dejarse arrastrar por ciertos sentimientos... Hijos y nietos a la par... No, no... ¡qué vergüenza!

ESTEBAN.—(*Quitándole las manos de la cara.*)  
¿Por qué ha de ser crimen, ni sonrojo siquiera, sentir cariños?

GUADALUPE.—Ahora ya...

ESTEBAN.—Nunca. El cariño y la oración son oportunos siempre.

GUADALUPE.—Si nos oyeran nuestros hijos...

ESTEBAN.—En ellos tendríamos un argumento más: los hijos son la prueba viviente de que los padres amaron.

GUADALUPE.—Pero mezclar pasiones tan distintas...

ESTEBAN.—Es la misma. Este enamoramiento de su hija de usted al mío, del mío a la suya, ¿cree usted que es de ellos solos? No: es toda-

vía el nuestro..., el que tú y yo... ¡perdón!; es el que usted y yo hemos sentido de muchachos y ahora reverdece en ellos, como la flor que nace en la rama, y no nace de la rama, sino de la raíz.

GUADALUPE.—¿El mismo amor?... ¡Qué ilusión! Para nosotros pasó el tiempo...

ESTEBAN.—¿La hora de amar? ¡Si es eternal! Está sonando constantemente, y si fuese como ruido material, el espacio y los siglos se llenarían con los amorosos rumores...

GUADALUPE.—(*Amorosa.*)—Si es un recuerdo lo que usted quiso hacer vibrar, basta ya; se lo suplico.

ESTEBAN.—¿Y si es más?

GUADALUPE.—(*Severa.*)—Si es más, basta ya; se lo mando.

ESTEBAN.—(*Dolorido.*)—¡Guadalupel!

GUADALUPE.—(*Suave.*)—Nuestros deberes aún no acabaron. Hablemos de ellos...

ESTEBAN.—(*Resignado.*)—Hablemos...

(*Telón lento.*)

GUADALUPE.—(*Sentándose e indicándole que se siente.*)—¿Me dijo usted que en Octubre de-searía casarlos?...

ESTEBAN.—O en la fecha que usted señale...

GUADALUPE.—¿E insisten en poner casa?...

ESTEBAN.—Insisten...

(*Continúan hablando.—Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO